

Pablo Schostakovsky

León Tolstoy, novelista genial y sectario ingenuo



UNCA he sentido yo tan hondamente la verdad expresada por Tiutchev en su poesía *Silentium*, como al comenzar a planear el capítulo referente a León Tolstoy. La quiebra fatal de la palabra cuando se trata de traducir un pensamiento de modo adecuado, conservándole todos sus matices peculiares resulta evidente. «Un pensamiento expresado es una mentira», dijo el poeta. ¡Qué verdad más grande!... El mismo Tolstoy necesitaba páginas y páginas de texto para exponer una idea suya; y, cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se proyecta luz sobre el dueño de Iasnaia Poliana, toda definición o precisión suenan a mentira. Tolstoy está lleno de contradicciones, a veces trágicas, a veces ingenuas y aun absurdas, y para aproximarse a su figura titánica, hay que separar completamente a Tolstoy-artista de Tolstoy-filósofo y reformador. Aun aplicando un método tan radical a la crítica de su obra literaria, las dificultades por salvar continúan

siendo grandes, ya que partir y cortar es un procedimiento grosero y poco adecuado al análisis de las actividades de un artista, las cuales—por contradictorias que sean—proviene[n] todas de una sola fuente: ¡de su genio creador! . . .

El método clásico, adoptado por la crítica literaria, consiste en seguir la propia indicación del autor (*Mi confesión*, editada en 1882) y considerar que, con *Anna Karenina*, publicada en 1877, se acabó el Tolstoy artista y nació el Tolstoy filósofo. Es fácil darse cuenta de lo falso e inadecuado de tal método, ya que, *La Guerra y la Paz* y sobre todo *Anna Karenina* contienen los gérmenes bastante desarrollados de sus ideas filosóficas.

A. von Reinholdt, en su *Geschichte der russischen Litteratur von ihren Anfängen bis auf die neueste Zeit*, editada en 1886 y que, entre las ediciones similares publicadas en el extranjero, es una de las más completas y comprensivas, presenta a Tolstoy como un ejemplo, talvez único, de armonía artística superior, desarrollada con una rectitud absoluta y unida a la más alta madurez intelectual. Esta fórmula ha sido aceptada, explícita o implícitamente, por la mayoría de los críticos occidentales contemporáneos. ¿Qué hay de cierto en ella?

Si bajo «armonía artística» se entiende el genio de las bellas letras, no hay duda de que Tolstoy ocupa uno de los primeros puestos en la literatura universal; si «rectitud absoluta» quiere decir «sinceridad», la de

Tolstoy también es indudable; pero, ¿cómo aplicarle la sentencia que se refiere a «la más alta madurez intelectual?». Reinholdt parece fijar una cierta meta de desarrollo intelectual como término absoluto, lo que—discutible en sí mismo como postulado—choca, en aplicación a Tolstoy, con un montón de contradicciones, provocadas por su vagar sin rumbo entre teorías ingenuas que, a cada paso, descubren la América. La ingenuidad de Tolstoy en este sentido linda con lo inverosímil. Max Nordau anotó con razón que Tolstoy habla de la ciencia «como un ciego de los colores», pero, no sólo de la ciencia... Todas sus especulaciones tienden a ignorar lo que sobre tal o cual tema, tratado por él, ha sido dicho y redicho por los filósofos y sabios que le precedieron; además, precisamente como intelectual, Tolstoy nunca llegó a meta firme alguna, y acabó su vida en medio de la mayor confusión espiritual. Varios críticos calificaron su ingenuidad de «genial», aun de «divina»; a nadie se le ha ocurrido llamarla «orgullosa», definición que le conviene mucho más, porque la base de sus padecimientos espirituales está en un orgullo desmesurado, sobrehumano; Tolstoy se creyó capacitado para resolver los problemas más transcendentales por la sola fuerza de su «razón», sin la ayuda de nadie ni de nada. En su *Resurrección* hay momentos sugestivos en este sentido: Tolstoy asegura que el cambio desfavorable que sufrió Nekliudov en su juventud fué provocado únicamente por el hecho de que su héroe «dejó de creer en sí mis-

mo y empezó a creer en otros»; y al fin de la misma novela tropezamos con un viejo vagabundo que tiene fe sólo en sí mismo, y no admite la posibilidad de equivocarse!...

Puede ser que Reinholdt hubiera modificado su sentencia después de la salida a luz de obras posteriores a su «Historia», obras en las cuales «la madurez intelectual» vacila entre lo ingenuo y lo ingenioso.

Sea como fuese, la biografía de Tolstoy es la historia de la evolución del Tolstoy filósofo, mientras que el Tolstoy artista no evoluciona; el genio artístico con el cual le dotó la Providencia se afirmó desde el principio de su carrera literaria. Entre sus relatos del asedio de Sebastopol, que están al principio de sus actividades literarias y Resurrección, término de ellas, durante casi un medio siglo de labor literaria, no se nota ningún progreso, ni evolución, desde el punto de vista puramente artístico. Al contrario, las bellezas literarias de La Guerra y La Paz y de Anna Karenina nunca han sido superadas. No obstante, si los libros más interesantes son los que traducen con mayor fidelidad la existencia de una cierta fracción de la humanidad en un momento dado de su historia, el siglo XIX, ciertamente, no ha producido nada superior a la obra de Tolstoy en el dominio puramente literario y esto es cierto tratándose tanto de su primera como de su última obra. Eso explica la porfía que manifestó el gran público al no admitir la

substitución del artista por el filósofo, al no tomar a Tolstoy en serio bajo su nuevo disfraz. *Vox populi, vox Dei...* La masa de lectores no se dejó conducir por los sabios comentaristas, y tuvo razón para ello; Tolstoy posee una lucidez impresionante, una capacidad de penetración extraordinaria, cuando se trata de estudiar los fenómenos de la vida; analiza con una facilidad de que vive cada uno de sus héroes; no le escapan los móviles más fugitivos de las acciones humanas, ni los malestares más leves de la conciencia. ¿Cómo reconciliar aquellas dotes de genio con un espíritu inestable, contaminado por el nihilismo, por la negación de toda creencia? La mezcla toca en lo absurdo; pero, hay posibilidad de explicarlo.

El origen del mal está, precisamente, en sus grandes dotes analíticas. Tolstoy no se contenta con juntar los rasgos dispersos de un carácter, ni con investigar las razones que mueven a sus personajes, sino que analiza movimientos y acciones colectivas, y tras el hecho visible, persigue su labor investigadora hasta sacar a luz las raíces secretas que empujan a los hombres y a las colectividades a obrar de tal o cual modo. La crítica reconoce unánimemente que, como escritor, Tolstoy llegó al límite de los alcances artísticos y, con ello, a la cumbre de la gloria literaria. Desgraciadamente para las bellas letras, esto le pareció poco; no digo como gloria, sino como alcance; su orgullo lo empujó a establecer las leyes generales que rigen la vida, o sea, subir al dominio de lo inaccesible; y como la ma-

teria no es de la competencia de un escritor, Tolstoy artista quiso desaparecer . . .

. . .

Parece increíble que Tolstoy no se dé cuenta del fracaso que le espera en el nuevo camino; no ve que el problema está fuera de la competencia humana . . . Y. mientras lucha con las contradicciones filosóficas insólitas, todo a su alrededor se entenebrece y se anodada; sus esfuerzos para aclarar la noche que lo envuelve, y llenar el abismo que se abre a sus pies, le hacen recurrir a la metafísica, cuyos recursos rechaza, apenas aceptados, por pobres e inadecuados. En fin, cansado de vacilar, convencido del fracaso de la razón pura, Tolstoy cae víctima del misticismo, que acecha desde hace tiempo a su alma inquieta. Más el orgullo desmesurado, que su posición de pontífice de la razón y las prácticas racionalistas infundieron en su alma, ya envenenó su cerebro y su corazón, y no le dejó acabar a los pies del Dios de la muchedumbre vulgar. Un Tolstoy debe crearse un Dios propio, digno del gran maestro que es . . . y, efectivamente, se lo crea.

Mi confesión, Mi Religión y un Comentario sobre el Evangelio son testigos fidedignos de esta afirmación. Y nuevamente nos hallamos frente a una contradicción flagrante: el orgullo desmesurado que empuja a Tolstoy a crearse un Dios propio, no le impide caer bajo la influencia de un

cierto Sutaiev, ingenuo sectario, mujik semianalfabeto que interpreta el Evangelio como si nadie antes que él, hubiera sabido leer y entender la palabra de Cristo. Tolstoy no hace sino exponer la religión de Sutaiev, apoyando, con todo un arsenal de armas teológicas de hombre culto, las divagaciones del mujik inculto.

Más tarde Tolstoy negará haber seguido las lecciones de Sutaiev, diciendo que no lo niega porque le hubiera parecido mal, deber algo a un mujik, sino porque tiene el privilegio de conocer y entender la lección del Maestro Supremo que es Cristo. «Durante mucho tiempo—escribe Tolstoy en *Mi Religión*—no podía acostumbrarme a la idea de que, después de dieciocho siglos, durante los cuales la ley de Jesucristo ha sido profesada por millares de seres humanos; después de dieciocho siglos durante los cuales millares de hombres han consagrado su existencia al estudio de esta ley, yo me encontrara en situación de descubrirla como algo inédito...» Le costó creerlo; pero, con ayuda de su orgullo ilimitado, al fin y al cabo, lo creyó... ¡Qué ingenuidad más grande!

Su interpretación del Evangelio es sumamente racionalista. Tolstoy llega hasta negar la existencia individual del alma humana. En el mismo Evangelio lo único que le importa es la moral, contenida en los preceptos: «No oponerse al mal... no juzgar... no matar». Su lógica unilateral le conduce a proclamar que la organización social, estatal, con sus tribunales, ejércitos y prisiones es cosa superflua y anticristiana: «nadie nos

hará daño alguno si nosotros mismos hacemos únicamente el bien. . . »

En cuanto a la Iglesia Tolstoy la desprecia, aun la ataca. A su «razón» le repugna la enseñanza «alterada» que la Iglesia proporciona al tropel de gente ingenua. El predicador de la nueva fe, después de contar como ha buscado en vano la paz en el seno de la ortodoxia oficial formula contra ella una violenta requisitoria, llamándola «carne muerta», acusándola de substituir el espíritu del Evangelio por el rito y la forma. Según él, la Iglesia se perdió en la época de Constantino el Grande, al abandonar la doctrina de Dios para seguir la del siglo, y hoy en día es pagana. Algunos años más tarde, pasando de razonamientos teóricos al libelo infamatorio, hace en *Resurrección* una descripción blasfema de la liturgia, burlándose del culto ortodoxo de modo tal que, después de leerlo, parece inexplicable la ola de indignación con que los círculos intelectuales rusos acogieron la excomunión de Tolstoy por el Santo Sínodo, gesto sumamente lógico y que debería parecer al mismo Tolstoy un acto sin importancia, visto el desprecio que manifestaba por la ortodoxia oficial.

En fin, saliendo del dominio puramente espiritual Tolstoy asegura, junto con Sutaiev, que un cristiano no debe hacer caso del poder secular mientras éste ignore la «verdad».

Un hombre que se pone a predicar teorías tan trascendentales, por cierto, no puede continuar viviendo como

la demás gente de su ambiente y de su rango. Para no ser acusado de hipocresía y comprobar la sinceridad de su fe y de sus opiniones, Tolstoy tuvo que arreglar su vida de acuerdo con sus nuevas creencias. Es decir, Tolstoy quiso arreglarla, y empezó por hacer sacrificios tremendos, negando, por ejemplo, las obras maestras con que había dotado él mismo a las bellas letras; pero, también en este camino tropezó con dificultades insalvables, representadas por su propia familia, por su propia naturaleza y por su propia vocación, que no se prestaron a la transformación proyectada.

La resistencia que su familia opuso a la simplificación integral de la vida común, a su renuncia a los derechos de autor, aun a las relaciones y amistades que, lógicamente, tuvieron que ligar a Tolstoy al tomar el nuevo rumbo, fueron causa de disgustos dramáticos que culminaron con su fuga y muerte en la estación Astashevo. Hoy en día, las divergencias que le separaron de su esposa y de sus doce hijos, así como la intrusión de amigos como Chertkov en la intimidad de su casa y en sus asuntos familiares, están divulgadas por un sinnúmero de monografías, notas, recuerdos, etc., aparecidos en revistas y diarios del mundo entero.

En cuanto al segundo obstáculo, a su propia naturaleza, es fácil de comprender que un conde León Tolstoy no puede reducirse a sí mismo al estado primitivo de un mujik, aun queriéndolo con toda la fuerza de su alma. Los chismosos pretenden que Tolstoy comía a

escondidas biftecs y fumaba cigarrillos, prohibidos por su nueva religión; pero, haciendo abstracción de decires malévolos, no se necesita mucha imaginación para darse cuenta de cuántas anécdotas y contradicciones, a veces trágicas, a veces ridículas, se prestaba la vida de Tolstoy mujik, zapatero y peón, en la heredad de su familia, y en medio de los campesinos que, durante los 33 primeros años de su vida, eran sus siervos de gleba...

En fin, su vocación de artista tampoco se conformó con sus actividades pedagógicas, ni con sus especulaciones teóricas y prédicas místicas, y más de una vez Tolstoy sectario y filósofo vuelve a tomar la pluma de artista. Por tendenciosas que sean sus producciones, posteriores a su conversión mística, ellas llevan siempre la impronta de su genio y el soplo de una sinceridad cabal e impresionante.

La inquietud espiritual que se apoderó de Tolstoy a la edad de 50 años, provocó la quiebra de su vida normal, es decir, de su vida de todos; le hizo perder el mundo que era suyo, incluyendo en éste a su mujer y a sus niños; menoscabó de su fe en todo lo que antes le inspiraba confianza, que le parecía cierto y claro. ¿Cómo y por qué sucedió esto?

Las tentativas de hallar una contestación satisfactoria quedan infructuosas porque los ensayistas la buscan por vías racionales, y no se atreven a ponerse en el único terreno adecuado, el de la fe cristiana, en que de facto se desarrolló la lucha de Tolstoy con su pro-

pia conciencia. Es fácil adivinar la razón de tanta ceguera voluntaria: millones de rusos vivieron el mismo drama, con la misma intensidad y haciendo sacrificios aun mayores. La búsqueda de la «verdad» es una pasión común entre los rusos; sobre todo entre el pueblo, pero, bajando a este terreno, se le quita a Tolstoy el decoro de la grandiosidad, y al ensayista el interés de su ensayo. Tolstoy es la gloria y el orgullo de sus connacionales, y nadie se atreve a tratarlo como a un cualquiera. Hasta cuando Tolstoy dice disparates, es escuchado con reverencia. Sin embargo, sus propias confesiones proporcionan la explicación de sus padecimientos espirituales. No me refiero a *Mi confesión*, en que Tolstoy revela lo que quiere revelar, sino a *La muerte de Iván Ilich*, a *El patrón y el obrero* y a *Memorias de un loco*, obra póstuma e inconclusa. Aquella explicación puede resumirse en pocas palabras: ¡Tolstoy sintió el soplo de la muerte!

Cualquier mortal lo siente, pero parece que sólo Tolstoy lo entiende. Sus revelaciones a propósito, consisten en el derrumbe de convencionalismos, en el menoscabo de valores de cualquier especie que se cotizan en esta vida, y no sin miedo, efectivo aún para los ateos, del Juicio Final. Son las sensaciones que también siente cualquier mortal. Ciertamente, nadie las ha expresado con mayor relieve y arte, pero todos los esfuerzos del genio tolstoniano no logran enseñarnos algo que no esté al alcance del último analfabeto... Esta

afirmación mía no pide comprobación ya que, si fuera de otro modo, no serían «bienaventurados los pobres de espíritu» y la doctrina evangélica quedaría sin sentido.

Tolstoy comprendió que, frente al misterio de la muerte el mundo común a todos los hombres, el mundo material en que vivimos, no tiene valor alguno. Mas, ¿quién duda de ello? Creo que nadie. Pero, en vez de esperar, con la humilde sumisión que él mismo predica, su fin inevitable, viviendo entre los hombres y sufriendo la imperfección de la organización social humana, Tolstoy siente en su alma algo que lo arroja fuera del mundo de todos. También en este sentido, Tolstoy está lejos de ser una excepción. Millares de hombres viven al margen de esta vida nuestra, considerando como real lo que la opinión vulgar considera como irreal y viceversa. Para muchos hombres lo irreal es el estado de sus propias almas o de sus estudios, y lo irreal lo que el mundo considera como realidades más evidentes: bienes, dinero y, en general, todo lo referente a la organización social. La elevación espiritual no es una prerrogativa de Tolstoy: muchos religiosos de verdadera vocación, sabios y pensadores a veces aún mujiks analfabetos, viven en un mundo espiritual propio aislados de todos. Turguenev dió en sus *Relatos de un cazador* tipos de campesinos (Kalinych, Kassian, Lukeria) que presentan ejemplos clásicos de una separación cabal del «mundo de todos». Ello no les impide tolerar a sus prójimos, mientras que

el orgullo y la intolerancia de Tolstoy le conducen a romper la buena concordia, la amistad, el cariño, y el amor que lo rodean, y todo esto porque los suyos no llegan a pensar y sentir como él. Su familia, que pasaba por un ejemplo de concordia y de felicidad, se derrumbó como un castillo de naipes bajo la intolerancia del nuevo credo tolstoniano y de «la razón que nunca se equivoca».

Muchos admiradores de Tolstoy quisieron justificarlo explicando que un hombre normal puede vivir en sociedad mientras sigue la vida de la demás gente, mientras está sostenido por el orden cósmico y social establecido, ya que la osadía de pensar por sí mismo se considera como un crimen contra Dios y contra los hombres. Mas, en la realidad, Tolstoy fué aplastado por el peso de los problemas que se planteó sin solucionar uno solo. Difamando la religión, burlándose de todo lo que es caro a la humanidad organizada, hizo, tal vez inconscientemente esfuerzos titánicos para derribar el edificio social y quitar a los hombres todos los apoyos y sostenes, sin ofrecerles siquiera uno solo en cambio, y tuvo que sentir en sus últimos días asco y odio irreductible hacia sí mismo, y ya que los hombres no se atrevían a echarlo fuera de la sociedad, por tratarse de un genio, Tolstoy se arrancó de motu proprio de su casa, para acabar sus días en una pequeña estación, perdida en la estepa, y murió acompañado por la tempestad de nieve que gruñía tras las ventanas... Los días en que se moría, eran días trágicos

para la Rusia entera; días que dejaron en el alma de la generación que los presencié una confusa sensación de emoción intensa, de miedo y de mal augurio. Antes que el moribundo cerrara los ojos, su familia y sus discípulos empezaron una pelea reclamando cada cual para sí sus despojos terrestres y su herencia literaria... Desorden y confusión sobre el fondo amenazador de la tempestad que se acercaba y que destruyó finalmente el viejo mundo, aprovechando muchos de los razonamientos teóricos de Tolstoy, dándoles una solución práctica y aun lógica, radicalmente hablando.

• • •

No sé si hay necesidad de referir la biografía de Tolstoy. Todos la conocen; conocen también su aspecto exterior. En los últimos años de su vida, un verdadero ejército de corresponsales, discípulos y admiradores espiaban cada paso y cada palabra suya. Los yanquis, que compraron la versión inglesa de *Resurrección*, la transmitían, antes que secara la tinta, a Estados Unidos por telégrafo, pagando por la transmisión un dólar por palabra. En aquellos tiempos Tolstoy necesitaba dinero para pagar los gastos de emigración a Canadá de los «dujobortzi», sectarios perseguidos por el gobierno zarista y cuya doctrina confusa y vaga caía muy bien dentro de su propia religión.

El «gran escritor de la tierra rusa», como lo llamaba Turguenev, nació el 28 de agosto de 1828 en el

fundo Iasnaia Poliana, del distrito de Krapivna, de la gobernación de Tula. Su padre, un ex teniente-coronel de húsares, tratando de mejorar su situación material, bastante comprometida, se casó con una novia rica, con una princesa Volkonsky. El enlace resultó feliz, a pesar de haber sido promovido por razones materiales. Más tarde Tolstoy, en *La Guerra y la Paz*, relató aquella historia familiar, idealizándola algo, en la persona de Nicolás Rostov y de la princesa María Bolkonsky.

La madre del futuro escritor murió cuando Tolstoy tenía dos años y el padre la siguió siete años después. Los niños quedaron bajo la tutela de una tía, de la condesa Osten-Saken. Exteriormente su vida cambió poco, ya que desde la muerte de la madre una pariente lejana, una cierta Engolskaia, se encargó de la educación de los huérfanos. Era una mujer de bondad extraordinaria, de una humildad y pureza de alma sin par; cualidades que le dieron un gran ascendiente moral sobre sus pupilos, para los cuales ella era una verdadera madre. Tolstoy dice, en sus recuerdos de niñez, que ella «le enseñó lo que era la felicidad de amar», y la retrató en la persona de Sonia en *La Guerra y la Paz*.

La primera educación recibida por León Nikolae-vich en casa, no se diferenciaba en nada de la que recibían los hijos de familias nobles en aquellos tiempos, y está descrita con una gran prolijidad de detalles en

su famosa obra *Niñez, Adolescencia, Juventud*.

Después de la muerte de la condesa Osten-Saken, la tutela pasó a otra tía de Tolstoy, a la señora Iushkova, que residía en Kazán, a donde se trasladó toda la familia. Tolstoy tenía 17 años cuando su nueva tutora le hizo entrar a la Universidad de Kazán. La ciencia no tuvo el don de entusiasmarlo; en parte porque el conjunto de profesores era menos que brillante, en parte porque su ideal de entonces era el *comme il faut*. Bailes, picnic's, espectáculos de aficionados lo atraían irresistiblemente; brillar en la sociedad, atraer la atención general sobre su persona era lo único que le interesaba.

Desde luego aquella vida le cansa rápidamente y Tolstoy empieza a entusiasmarse con Rousseau, el cual, según su propio testimonio, tuvo sobre él una gran influencia. De la lucha de dos ideales: del *comme il faut* con el de perfeccionamiento moral, salió vencedor este último y, en 1847, Tolstoy abandona la Universidad y se radica en Iasnaia Poliana con el firme propósito de mejorar el modo de ser de sus siervos de gleba.

• • •

Las dificultades y desilusiones que le asaltan en este camino, y que le inspiraron más tarde *La mañana de un hacendado*, enfriaron su entusiasmo y, en

1851, Tolstoy se va al Cáucaso, donde su hermano mayor, oficial del ejército en guerra con los montañeses, le convence para alistarse como alférez de artillería. Tolstoy sigue su consejo, participa en varias acciones y manifiesta un valor descomunal; una vez, sólo la rapidez de su caballo le salva de caer prisionero de los circasianos.

Sus actividades literarias empiezan en aquellos tiempos. En 1852, en la revista *Sovreménnik*, aparece su primera narración: *Niñez*; luego, y como continuación natural, *Adolescencia* y una serie de cuentos que reflejan sus impresiones del Cáucaso y de la vida guerrera: *Correría*, *La corta del bosque*, *Un encuentro en el destacamento*, *Los cosacos*.

Esta última obra, la más interesante entre todas las ya nombradas, ha sido terminada mucho más tarde, en 1861. Presenta un interés especial, ya que en ella aparecen por primera vez ciertos aspectos característicos del modo de pensar de Tolstoy: la negación de la cultura contemporánea, la tendencia a preconizar una simplificación de nuestro modo de ser y, junto con ello, un acercamiento a la masa popular.

A principios del año 1854, Tolstoy, promovido a subteniente, quiso presentar su dimisión, cuando estalló la guerra con los turcos, y luego la famosa campaña de Sebastopol. Las impresiones recogidas durante los nueve meses que pasó en la fortaleza sitiada, son contadas en tres cuentos: *Sebastopol durante el*

mes de Diciembre de Mayo y de Agosto. El tema despertó un interés general y el nombre del joven autor se hizo popular en la Rusia entera. A la caída de Sebastopol, Tolstoy es designado para llevar a San Petersburgo una relación dirigida al zar. La honrosa distinción no cambia sus intenciones anteriores y, apenas la paz firmada, León Nicolaevich presenta su dimisión.

Durante su estada en la capital, se pone en relación con el círculo de la revista *Sovreménnik*, integrado por los mejores escritores de la época. Hay un testimonio gráfico de las relaciones trabadas en esta ocasión: una fotografía en que Tolstoy aparece, todavía de militar, en compañía de Turguenev, Goncharov, Ostrovsky, Druyinin y Grigorovich. Mas con ninguno de ellos estrecha amistad. Según dicen, a causa de la extrema originalidad de sus opiniones que provocan discusiones continuas. Con Turguenev las divergencias llegan casi a un duelo. A mi parecer, hay otra explicación del poco entusiasmo manifestado por Tolstoy en sus relaciones con los demás escritores. Ninguno de ellos estaba educado en un ambiente aristocrático, ni tenía lazos en la corte, mientras que Tolstoy era «snob» en aquella época, su educación y la originalidad de sus ideas le colocaban en su propia opinión muy por encima de sus compañeros de pluma.

• • •

Después de un año de permanencia en San Petersburgo, Tolstoy vuelve a Iasnaia Poliana, pero el papel de hacendado no le entusiasma. y, en 1857, hace su primer viaje al extranjero. Visita Alemania, Francia, Suiza e Italia. La impresión general que recoge no es favorable a la civilización europea. Sus dudas, en cuanto al verdadero valor de ésta, Tolstoy las expresa en un pequeño cuento: *Lucerna*, que relata un caso observado por él personalmente.

Vuelto a su patria, el aire de emancipación que respiraba la Rusia de entonces le hace interesarse por el problema de la educación pública o mejor dicho, primaria, y tres años más tarde, Tolstoy vuelve a Europa para estudiar los sistemas escolares en varios países occidentales. Le parecen malos, y lo inducen a elaborar un sistema propio, que aplica en seguida en la escuela de su hacienda. Al mismo tiempo funda una revista pedagógica, titulada *Iasnaia Poliana*, en que propaga y defiende su sistema.

En el fondo no es un sistema, sino una tentativa de creación de un sistema. En la exposición de sus ideas sobre la instrucción primaria, sobre los métodos de enseñanza de la lectura, sobre la organización de las escuelas populares y la educación y cultura en general, la parte negativa, la crítica de lo existente, está desarrollada de modo perfecto: Tolstoy convence, por lo menos a los profanos, de lo necio e inadecuado de

los métodos de enseñanza que se aplican, sea en Europa, sea en Rusia. Pero, cuando se trata de trazar la parte positiva, de fijar el método recomendable, su tono se hace mucho menos afirmativo y a veces acaba en un signo interrogativo, si no en una paradoja.

Así, por ejemplo, después de explicar lo ridículo de los métodos de enseñanza de historia y de geografía, y haber comprobado que nadie aprende nada de estas ciencias en las escuelas contemporáneas, Tolstoy afirma que la vida pasada, la formación y el desarrollo de la humanidad, los fenómenos de la naturaleza y la distribución del género humano sobre la tierra, pueden despertar interés en los alumnos únicamente en el plano artístico de la poesía o por patriotismo. He aquí la traducción textual de la conclusión de aquel artículo:

«Para desarrollar uno y otro (es decir el sentimiento artístico y el patriotismo) los manuales todavía no existen, y mientras carezcamos de ellos, no hay para qué malgastar el tiempo y las fuerzas de la joven generación, obligándola a aprender la historia y la geografía solamente porque nos las enseñaron». Y luego subraya: «No veo ninguna necesidad de enseñar la historia y la geografía hasta la Universidad y aun considero aquella enseñanza como muy perjudicial. Lo que haya que hacer después lo ignoro».

La sentencia no necesita comentario alguno, me parece. Cuando en una comedia satírica de Fonvisin

(Nedorosi) una mujer tonta e inculta afirma que no hay necesidad de estudiar la geografía, porque hay cocheros, nuestro juicio en seguida se encuentra formado. Cuando lo proclama León Tolstoy con la gravedad de un filósofo, y después de haber hecho pedazos el sistema de enseñanza contemporánea, guardamos un silencio respetuoso . . .

Las ocupaciones escolares de Tolstoy se desarrollaron en dos épocas distintas: la primera empieza en 1858 y termina en 1862, y la segunda abarca los años 1872-1875. El primer período lleva un carácter práctico, el de experiencias personales: Tolstoy dirige su escuela de Iasnaia Poliana, inspecciona las escuelas vecinas, publica su revista. El segundo período está consagrado a la exposición de los resultados obtenidos. Fué entonces cuando Tolstoy publicó su célebre abecedario, rasgo de genio que, durante más de treinta años, fué el único manual de la enseñanza primaria en toda la Rusia, a pesar de las interdicciones y estorbos que emanaban del gobierno. Tal fué su único éxito en el terreno educacional.

Tolstoy sentía él mismo hasta qué punto sus teorías se prestan a la crítica y aun a la risa. El primer número de su revista *Iasnaia Poliana* (enero de 1862) lleva el siguiente manifiesto al público:

«Entrando en aquel camino nuevo, tengo miedo por mí mismo y por mis ideas, elaboradas en mi fuero interior durante años y que yo considero como justas. De antemano estoy seguro de que muchas de mis ideas

parecerán erróneas, ya que con la mejor voluntad, sacrificando todas mis fuerzas al estudio del problema, no podía mirarlo sino por un solo lado. Espero que mis ideas, una vez expresadas, suscitarán opiniones contrarias. Todas las opiniones encontrarán una acogida cordial en las páginas de mi revista. Tengo solamente miedo de que aquellas opiniones sean expresadas de modo agresivo, que la discusión de un tema tan importante y tan caro a todos, como el de la instrucción pública, se convierta en burlas, en ataques personales y en una polémica de periódico. No pretendo afirmar que las burlas y las heridas me son indiferentes, que yo me siento por encima de ellas. Al contrario, confieso que tengo miedo tanto por mí personalmente, como por mi obra. Tengo miedo de ser arrastrado a una polémica de carácter personal, en vez de continuar mi trabajo con calma y perseverancia.

Por eso pido a todos mis adversarios futuros expresar sus opiniones de modo tal que me sea posible presentar mis explicaciones, y desarrollar mis argumentos cuando el desacuerdo sea ocasionado por una obscuridad cualquiera, y que me sea posible ceder cada vez que el carácter erróneo de mis opiniones esté bien comprobado.

Conde León Tolstoy.

La propaganda de nuevas ideas educacionales levantó rápidamente una polémica entre dos Ministerios: del Interior y de la Instrucción Pública. El Ministe-

rio del Interior, siempre inclinado a ver en las ideas «nuevas» un principio de revolución, acusó las tendencias peligrosas de la revista *Iasnaia Poliana* al Ministerio de Instrucción Pública, el cual, después de haber procedido a una investigación, contestó que si bien las ideas pedagógicas de Tolstoy eran algo extravagantes, no le parecían peligrosas, y que había interés en dejar a la crítica razonable y científica la tarea de rechazarlas; tanto más cuanto que el autor mismo las abandonaría, probablemente, después de una experiencia práctica y un estudio teórico del problema.

Desde luego, en esa ocurrencia, el Ministerio del Interior dió prueba de una perspicacia mayor que el Ministerio de la Instrucción, ya que el tema de la enseñanza pública era sólo una fase intermediaria del desarrollo general de las ideas tolstonianas que, lejos de ceder terreno a «la crítica razonable», acabaron en la negación cabal de cualquiera organización social y estadista.

• • •

En 1862, a los 34 años, Tolstoy se casa con Sofía Andreevna Bers, hija de un médico moscovita. En su vida de familia Tolstoy, al principio se siente feliz. La mayor parte del año vive en *Iasnaia Poliana* y sólo durante los inviernos pasa una corta temporada en Moscú. Preocupaciones inherentes a la explotación de su hacienda, trabajos literarios y la lectura ocupan

todo su tiempo. Durante este período de vida de familia, tranquila y feliz, salen a luz sus obras monumentales, *La Guerra y la Paz* (1864-1869) y *Anna Karenina* (1873-1876). Pero ya en esta última, en la descripción de la crisis moral de Levín, se perciben señales precursoras de la quiebra espiritual que llevó a Tolstoy hacia la negación de su propia actividad literaria y de su existencia anterior. La historia de su crisis Tolstoy la refirió en *Mi confesión*, escrita en 1881. Desde entonces sus intereses vitales se encierran en los problemas religiosos y de moral filosófica.

Sin embargo, renunciar completamente a las bellas letras o sea a su propia vocación le resulta imposible; como por compromiso salen a luz algunos cuentos escritos para el pueblo: *De qué vive la gente*, *Dios ve la verdad*, *La vela*, *Dos viejos* y otros. Más tarde, mezclados a los artículos teóricos y didácticos, aparecen: *La muerte de Iván Ilich* y el drama *El poder de las tinieblas* (1866), la comedia *Los frutos de la instrucción* (1889), *La sonata a Kreutzer* (1890) *El patrón y el obrero* (1895), y, en fin, la gran novela *Resurrección* (1899).

Su reputación de gran escritor, establecida desde la publicación de *La Guerra y la Paz*, aseguró a estas obras la aceptación universal; traducidas a todos los idiomas europeos y aun asiáticos apenas publicadas, ellas confirmaron la gloria y la ascendencia de Tolstoy

sobre todas las literaturas. En Alemania, Inglaterra y en los Estados Unidos se formaron sociedades literarias dedicadas al estudio de sus obras. En Londres la Sociedad Tolstoy fué creada por Aylmer Maude, autor de *The life of Tolstoy*, que sin exageración dedicó su vida a la glorificación y popularización del escritor ruso en las esferas intelectuales inglesas. En Berlín, Loewenfeld editó, en 1892, *Leo N. Tolstoy, sien Leben, seine Werke*. En ruso las mejores monografías sobre Tolstoy pertenecen a Bulgakov, Andreevsky, Gromeko y Sergueenko.

Bien que las teorías filosóficas y místicas profesadas por Tolstoy provocaron un sinnúmero de protestas y críticas ora violentas, ora amargas y satíricas, como artista fué consagrado unánimemente como uno de los más grandes escritores del universo.

• • •

Para situar a Tolstoy en el puesto que le corresponde, hay que darse cuenta de lo que es *La Guerra y la Paz*. Aunque la obra figura en los catálogos bibliográficos como novela, me parece más apropiado llamarla «crónica familiar», por referirse su fábula exterior a la descripción de la suerte corrida durante la epopeya napoleónica, de 1805 a 1815, por dos familias: la del conde Rostov y del kniaz Bolkonsky. Más acertado aún hubiera sido llamarla «epopeya nacional», por ser el pueblo ruso su verdadero

héroe, siendo colocado el centro de la acción en el momento histórico de mayor tensión nacional, en la «guerra patria», como llaman los rusos a la campaña de 1812. Además, la obra entera se encuentra empapada a tal punto en el espíritu ruso que, un crítico extranjero (Baden) dice: «centenares de monografías históricas y etnográficas nunca nos darán una idea tan cabal del carácter y del temperamento ruso como *La Guerra y la Paz* de Tolstoy». Es precisamente este carácter nacional el que, en unión con las calidades artísticas y la fuerza del análisis psicológico, asegura a esta obra una posición excepcional en la literatura rusa y aun universal.

En el capítulo dedicado a Pushkin tuve ocasión de decir que los rusos sienten ciertas épocas de su historia nacional mucho mejor a través de las obras del insigne poeta que a través de manuales de historia; con la misma razón se puede afirmar que la epopeya napoleónica está presentada en la mente rusa tal cual la pintó León Nikolaevich y Tolstoy en *La Guerra y la Paz*. El mundo ruso, en toda la variedad de los elementos que lo constituyen, su modo de ser, su psicología, lo trágico y lo común, lo grande y lo ordinario encuentran su sitio en la genial narración. Al lado de sangrientos episodios históricos, encontramos una infinidad de cuadros de la vida normal, de la vida cotidiana, cuadros de caza, de fiestas de Navidad, de bailes y comidas de etiqueta, pintados con un arte admirable y una exactitud meticulosa. El verdadero realismo, la

veracidad de tipos, del ambiente, de personajes históricos llegan a una altura incomparable. En ningún momento Tolstoy altera la verdad, nunca idealiza a los personajes que le son simpáticos, nunca agrega una sombra a los que no lo son.

Aun desde el punto de vista de la técnica literaria, *La Guerra y la Paz* es un caso raro en la literatura mundial: en la obra figuran más de setenta personajes de primer plano, es decir, más de setenta personajes están descritos detalladamente, sin contar un sinnúmero de personajes secundarios, episódicos. En aquella serie interminable, al lado de personajes históricos figuran los representantes de todas las capas sociales del Imperio Ruso, empezando por el zar y acabando con los siervos de gleba. En la descripción de la vida espiritual de sus personajes, Tolstoy da toda la medida de su talento como artista-psicólogo: caracteres, sentimientos y disposiciones de ánimo, en estados más variados de desarrollo intelectual y moral pasan ante el lector en un caleidoscopio abigarrado, en choque constante de pasiones e intereses: la casta y sencilla princesa María o el «hermoso animal» Anatoly Kuraguín se codean con Andrés Bolkonsky o Pedro Besujov, hombres de una organización psicológica sumamente complicada y rica; el simpático, pero limitado, Nicolás Rostov, al igual de los tipos profundamente antipáticos, como el kniaz Vasily, Helene, Boris Dubétzky, son observados paso a paso en su desarrollo espiritual, en su evolución de sentimientos y anhelos.

La maestría de Tolstoy no se limita en hacer vivir y chocar con la vida a sus personajes, se revela también en el arte de anotar y pintar la disposición de ánimo de la muchedumbre, influenciada por sentimientos y pasiones colectivas. La obra contiene una serie de cuadros inolvidables de psicología colectiva, cuando las masas de campesinos, soldados o el populacho urbano entran en acción.

• • •

La idea dominante de *La Guerra y la Paz* es la idea filosófico-mística de la subordinación absoluta del hombre a un principio directivo superior, a la Providencia, que dispone de su suerte según sus propios designios, y determina todas sus relaciones en esta vida. Bien que Tolstoy evita expresarla abiertamente, como una fórmula abstracta, ella aparece claramente a lo largo de la narración, sea que el autor describa los acontecimientos históricos de la más grande importancia; sea que narre la vida privada de sus personajes. Por encima del complicadísimo enredo de relaciones humanas, por encima del caleidoscopio de episodios referidos, se siente la presión de una fuerza misteriosa, se siente la presencia de una mano invisible que lleva a los hombres por vías desconocidas hacia un fin predestinado. La felicidad del hombre consiste en la subordinación consciente o inconsciente a este principio directivo superior, en la negación de su propia volun-

tad; en la humilde conformidad con las vías insondables de la Providencia. Sólo de este modo el hombre puede alcanzar la tranquilidad y la paz con sí mismo. Es la conclusión a la cual llega al fin de la novela Pierre Besujov.

La teoría de la sumisión a la Providencia divina obliga a Tolstoy a buscar la solución del problema de la individualidad consciente, que es ésta: en la vida de cualquier hombre hay dos aspectos distintos la vida personal y la vida elemental o de enjambre. El primer aspecto pertenece al YO individual, separado y exclusivo; el segundo al hombre-parcela de algo inmensamente grande (de un pueblo o de la humanidad, según el caso), ligado por medio de una cadena inquebrantable a este cuerpo gigantesco. El problema vital para cada hombre consiste en encontrar un equilibrio firme entre los dos aspectos de su existencia, alcanzar la reconciliación indispensable entre sus manifestaciones, en una palabra, establecer una relación armónica entre su vida privada y la vida comunal de su enjambre. Es una condición indispensable para que el hombre pueda lograr la felicidad firme, la paz interior, la satisfacción moral. En la busca de aquel equilibrio interior se encierra, al fin y al cabo, todo el sentido de las evoluciones espirituales de los héroes tolstonianos.

La organización espiritual de cada hombre se determina por la relación entre el principio personal y elemental existente en su alma: hay gentes en que

predomina el principio personal; hay otros en los cuales predomina el principio elemental de enjambre. De allí proviene la diferencia fundamental entre la gente de pueblo y las personalidades altamente colocadas. El principio personal está poco desarrollado, entre las gentes de pueblo que casi no se sienten como unidades separadas, sino como partes de un organismo enorme, cuyo soplo las anima siempre. Así se explica su superioridad sobre los personajes de gran relieve social, en los cuales, al contrario, está desarrollado el principio personal, que puede llegar hasta la dolorosa sensación de una soledad espiritual absoluta.

La razón individual se enreda en contradicciones sin salida; sólo la razón colectiva, encarnada en la sabiduría popular, es capaz de resolver los problemas superiores de la existencia humana y proporcionar a la personalidad la indispensable firmeza interior y la confianza en sí misma.

De la razón colectiva es ya fácil llegar al reconocimiento de la superioridad del pueblo sobre las clases dirigentes. Tolstoy describe con ironía oculta, a veces aún con indignación satírica, a los personajes pertenecientes a la alta sociedad. Los tipos populares le son superiores por su razón colectiva y su subordinación a la Providencia. Es eso lo que junta y funde el pueblo en un solo cuerpo gigantesco, lo que elimina en él la preocupación egoísta de su propio Yo, de su personalidad, el anhelo de subir por encima de otros; es lo que libera de afectación sus palabras y

gestos, o sea, determina la ausencia de rasgos negativos, propios de las clases superiores.

* * *

Aplicando sus ideas generales a razonamientos históricos, Tolstoy llega a la conclusión de que Historia es la expresión de «la vida común e inconsciente del enjambre de la humanidad». «El hombre—conscientemente—vive para sí mismo, pero sirve de arma inconsciente para el logro de fines históricos, pauper-humanos». «Cualquier gesto realizado es irrevocable y su efecto, coincidiendo en el tiempo con millones de gestos de otros hombres, recibe un significado histórico. Mientras más alta es la posición del hombre en la escala social, más grande es el número de hombres con los cuales está ligado, así como su poder sobre la demás gente; y tanto más evidente resulta la predestinación, lo inevitable de cada acción suya». «El corazón del zar está en la mano de Dios. El zar es un siervo de la historia. Los llamados «grandes hombres» no son más que etiquetas pegadas a los acontecimientos históricos».

Según Tolstoy, para estudiar las leyes históricas tenemos que dejar de mano a los zares, ministros y generales, y recurrir a los elementos uniformes e infinitesimales, que gobiernan las masas. «Solamente después de admitir la unidad infinitesimal—el diferencial de la historia—como objeto de observación, y lograr el

arte de integrar (tomar las sumas de aquellos elementos infinitesimales) podemos alcanzar la comprensión de las leyes históricas». Consecuentemente, éstas son las leyes de la vida inconsciente, elemental de las masas populares, de la vida de enjambre. Como cualquier proceso elemental, ellas actúan con la fuerza de lo inevitable, excluyendo cualquiera posibilidad de que una personalidad humana manifieste su voluntad independiente. Si la voluntad de cada hombre hubiera sido libre, es decir, si cualquier hombre hubiera podido actuar según y como se le antojara, la historia hubiera sido una serie de casualidades inconexas. Aun si un solo hombre, entre millones de hombres, en el espacio de un millar de años, hubiera podido hacer algo a su capricho, aquel gesto independiente, como contrario las leyes, hubiera comprobado la imposibilidad de existencia de una ley cualquiera para la humanidad entera.

• • •

Como una ilustración de aquellas teorías, Tolstoy presenta el ejemplo negativo de Napoleón y positivo el de su adversario, del general Kutuzov. Según el autor, entre la gente altamente colocada, sólo las naturalezas excepcionales pueden alcanzar el espíritu de sencillez y de veracidad que dimana del pueblo. Tal es el generalísimo ruso Kutuzov, muy superior a Napoleón, porque «nunca habla de los siglos que miran

desde la altura de las pirámides», ni de sacrificios que hace a la patria; no habla de sí mismo, no finge jugar un papel predominante, parece ser el hombre más sencillo y dice cosas también sencillas y ordinarias. En cambio, Napoleón siempre quiso jugar un papel y se imaginaba ser el árbitro de la suerte de millones de hombres, siendo en realidad un arma ciega de la historia. Menos que nadie tenía derecho al título de genio, ya que «hasta el fin de sus días no pudo comprender lo que era la bondad, la belleza y la verdad»; sus acciones tuvieron por móvil puro egoísmo y vanidad, mientras que «no hay verdadera grandeza adonde no hay sencillez, bondad y veracidad».

Esta denigración cabal de Napoleón y el alzar desmesurado de Kutuzov dieron ocasión a un gran estratega ruso, general Dragomirov, para analizar detalladamente La Guerra y la Paz desde el punto de vista militar, en un ensayo interesantísimo, titulado, si mal no recuerdo, La Guerra y la Paz desde el punto de vista militar. Con mucha ponderación y objetividad, Dragomirov explica que en 1812 Napoleón fué vencido por el pueblo ruso y Kutuzov, el cual se reveló en este caso preciso, mejor psicólogo y mejor estratega que Bonaparte. Desde luego Kutuzov también pronunció algunas palabras que quedaron grabadas por el buril de la historia. Por ejemplo, al final del consejo de guerra reunido para decidir si Moscú sería o no entregada al enemigo sin una nueva batalla, cuando ninguno de los jefes reu-

nidos tuvo el coraje de optar por la retirada, Kutuzov, que parecía dormitar en su sillón sin escuchar las opiniones emitidas, de repente dió un manotazo en la mesa y dijo: «¡Con la pérdida de Moscú no está perdida Rusia! ¡Ordeno la retirada!» Así empezó la operación que figura como un ejemplo de arte militar en los manuales de estrategia. No obstante, Dragomirov comprueba que, en el sentido militar, Napoleón era un genio, y que la acción personal de los jefes pesa mucho en la balanza del éxito guerrero.

* * *

La teoría desarrollada con un lujo de detalles en *La Guerra y la Paz*, que condena el individualismo confiado en sí mismo y enaltece la humilde sumisión a una fuerza superior, regidora de los destinos humanos, recibe una nueva confirmación en la novela *Anna Karenina*. Desde varios puntos de vista es una paráfrasis de *La Guerra y la Paz*. Los dos focos que concertan la acción novelesca son representados acá por las familias Karenin y Levín. Los rasgos autobiográficos de Pierre Besujov de *La Guerra y la Paz*, los heredó en *Anna Karenina* el modesto e ingenuo Levín. La insistencia con que Tolstoy le hace triunfar, mientras que Vronsky (Andrés Bolkonsky de *La Guerra y la Paz*), hombre de inteligencia superior y de voluntad firme, logra únicamente destrozar la vida propia y ajena, evi-

dencia las simpatías del autor e indica claramente el camino que debe seguir el hombre para lograr la felicidad en esta vida. El papel del humilde Karataev, que indica a Pierre Besujov el camino de la verdad, está confiado aquí a un mujik, con el cual Levín entabla casualmente conversación y que le saca del enredo de las especulaciones intelectuales, invitándolo a entregarse humildemente a la voluntad de Dios. Pero, como estamos ya en vísperas de la quiebra espiritual de Tolstoy, el Dios, al cual hay que remitirse, no es, seguramente, el Dios ortodoxo; lo vago e impreciso de la divagación en que acaba esta escena y con ella la novela, deja perplejo al lector. La pregunta ansiosa de Levín, lejos de estar contestada, parece ahora un enigma sin solución. Es fácil adivinar la causa de la dificultad contra la cual se estrellan todos los esfuerzos especulativos de Tolstoy; el filósofo ingenuo quiere asir con la razón lo que se toma únicamente con el corazón. Para no darse por vencido, Tolstoy substituye las finezas filosóficas de intelectual que vaga sin rumbo espiritual, por el razonamiento rudimentario de un mujik, es decir, se encamina hacia la fuente de la fe ingenua; pero, le falta el coraje de dar el paso decisivo para entregarse, sin razonar a la voz de su corazón. Es el gesto por el cual Tolstoy no se decidirá nunca, ya que la prédica de humildad se marida en su cerebro, sin inconveniente alguno, con la soberbia y el orgullo.

La falta de conclusión no disminuye en nada las

bellezas artísticas de Anna Karenina. Tomando la novela como una sucesión de cuadros artísticos, la obra está a la altura de La Guerra y la Paz. La abundancia de detalles episódicos, que reflejan la vida rusa en sus aspectos más variados; el análisis psicológico de personajes aun secundarios llevado a cabo con un acierto genial; el encanto de la exquisita femineidad de la heroína principal; el estar a sus anchas que manifiesta el autor en cualquier medio social, en los círculos cortesanos como entre el pueblo, hacen de Anna Karenina una novela inolvidable.

* * *

Si en Anna Karenina Tolstoy pensador desvía a veces la atención del lector de la obra de Tolstoy artista, imponiéndole como verdades establecidas teorías transcendentales, que tienden a comprobar hasta qué punto la sociedad contemporánea está mal organizada y cómo la civilización moderna bambalea sobre una base falsa e insegura, en Resurrección el autor llega ya a la negación cabal de la organización social contemporánea. El argumento de la novela es sumamente sencillo en cuanto a la acción exterior, y de los más complicados en cuanto a la evolución espiritual del personaje principal, del kniaz Nekliudov. Al igual de Pierre Besujov y de Levín, este héroe lleva rasgos autobiográficos y está atormentado por los mismos problemas que sus predecesores. Puede parecer

un abuso o falta de deferencia para Tolstoy el pretender que en las tres novelas, los tres personajes de primer plano se atormentan en encontrar la solución de los mismos problemas. Pero, dejando de mano el criterio pedante de la evolución, para analizar nada más que la intención o el móvil de las especulaciones filosóficas y político-sociales de Tolstoy, veremos que, sus disertaciones traducen la eterna inquietud del alma rusa, su «búsqueda de la verdad», lo que en Tolstoy, cabalmente ruso, ruso hasta los tuétanos, es muy natural y explicable.

El tema de *Resurrección*, proporcionado a Tolstoy por el famoso criminalista ruso señor Koni, se resume en el drama del hombre que está llamado en calidad de jurado a juzgar a una muchacha de mala vida que él mismo engañó, lanzándola en la vía del vicio y del crimen, y sobre la cual pesa la acusación de un asesinato (que ella no cometió), seguido de robo. Aquel jurado, el kniaz Nekliudov, ex-oficial de la Guardia, ex-vividor libertino, tuvo, hace diez años, un idilio amoroso que echó en sus brazos a Katuska, humilde muchacha, naturaleza ardiente y que tuvo la desgracia de tomar en serio un romance que, en realidad, fué solamente un pasatiempo de señorito en busca de diversión en el campo. Considerándose ser el verdadero culpable de la dolorosa aventura que arrojó a la muchacha en aquel abismo, Nekliudov la sigue a Siberia con el propósito de casarse con ella y reparar así la falta cometida. Su decisión, que es ya una resu-

rección, provoca también la de Katuska. La crisis moral de la muchacha, su deseo de volver a la vida honrada, es algo muy comprensible; ninguna complicación en esta figura encantadora por los rasgos fundamentales de su temperamento; entiende perfectamente bien que, casándose con Nekliudov, hará la desgracia de su género, o protector, y rechaza su oferta. Prefiere casarse con un desterrado político, hombre bueno y de procedencia humilde, y libra de este modo a Nekliudov de cualquiera obligación moral frente a ella.

Mucho menos comprensible parece la transformación moral de Nekliudov. Para llegar a su resurrección o, más exactamente, en el proceso de su resurrección, el héroe y el autor se ven obligados a destruir todos los fundamentos de la vida organizada, empezando por la religión. Al fin y al cabo el lector se cuenta de que, no es Nekliudov quien precisa poner en rebeldía contra la sociedad para hacer la paz con su propia conciencia, sino que Tolstoy sigue buscando las leyes que rigen la vida humana y se pierde en medio de las especulaciones filosófico-místicas. El trabajo destructivo desarrollado en esta ocasión merece el nombre de pre-revolucionario, ya que corresponde al período previo, negativo, al período de destrucción del orden existente, sin la menor alusión a la parte constructiva. Tolstoy no se compromete con decir cómo hay que organizar la vida; dice solamente lo que hay de absurdo, cruel e inhumano en la vida contemporánea.

Como cualquiera negación, la novela no tiene remate y acaba en el aire con una vaga afirmación del autor, de que Nekliudov comprendió por fin el sentido del precepto evangélico: «Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura». «Eso va a ser el negocio de mi vida», dice Nekliudov, y el autor agrega:

«Desde esta noche empezó para Nekliudov una vida completamente nueva, no tanto por haber entrado él en nuevas condiciones de vida, sino porque todo lo que le sucedía desde aquí en adelante, tomaba para él un significado muy distinto del anterior». Y sintiendo que esta afirmación es como un signo de interrogación, Tolstoy se apura a eludir la pregunta perpleja del lector con añadir: «En qué acabará este nuevo período de su vida, lo enseñará el futuro».

Imaginad la ola de indignación y de risa sardónica de los críticos si sobre estas palabras hubiera rematado su libro un escritor que no gozara del prestigio de Tolstoy...

* * *

Resumiendo... El rasgo peculiar de los razonamientos filosóficos de Tolstoy que impregnan sus obras consta en el carácter polémico muy pronunciado que llevan. Sus especulaciones carecen de tendencia abstracta, casi siempre están dirigidas contra los modos de ver establecidos por la ciencia y las corrientes de

la opinión pública. La originalidad y el ingenio de las ideas expresadas no logran recuperar los errores e injusticias apasionadas de que están aderezadas y provocan objeciones fundadas. Pero sirven de llave para la comprensión del drama íntimo que acompañó el caso de su conciencia atormentada, y dan una idea de cuan profundos y sinceros fueron sus padecimientos. Su orgullo lo llevó al estudio de problemas racionalmente insolubles, de problemas cuyo secreto está en la revelación. El desprecio que, en esta ocasión, manifestó para el equipaje espiritual de generaciones pasadas no tiene igual sino entre las divagaciones de algunos fanáticos. Obrando como si nadie y nunca hubiera meditado sobre los problemas transcendentales que planteó, Tolstoy cae, finalmente, en la red de su propio ingenio y de sus teorías. En la repetición de lo sucedido al aprendiz hechicero: Tolstoy no pudo dar una solución adecuada a sus teorías ni contener la fuerza por ellas despertadas. El desmoronamiento de su vida familiar, que fué una consecuencia lógica de su deseo de concordar la vida exterior con sus teorías, fué seguido por la aparición de discípulos en el género de Chertkov, que se apoderaron de su maestro.

¿Quién sabe hasta dónde llegaba el fervor prosélito de éstos, y dónde empezaba el deseo de atribuirse una parte de la gloria que irradiaba León Tolstoy? Poco importa saberlo. Lo malo del nuevo ambiente que se creó a su alrededor, estaba en considerar a Tolstoy como al Maestro de los iniciados. Desde entonces

Tolstoy no podía continuar viviendo en su casa sin que sus palabras sonaran a hipocresía y mentira . . . y el anciano selló con su fuga la sinceridad de sus teorías. Pero su organismo no pudo soportar el choque físico y moral producido por su arranque del hogar natal en que había vivido 82 años de su vida y, pocos días después de su fuga, murió en la estación Astashevo, sin haber ido muy lejos de su casa.

En su lecho de muerte sufrió terriblemente y nadie sabe por qué. Puede ser que se diera cuenta de lo erróneo de sus teorías religiosas cuando ya no había remedio. Por lo menos su familia hizo esfuerzos desesperados para que la Iglesia acogiera sus despojos.

La discordia en el seno de su familia y de sus discípulos, iniciada mientras vivía, duró muchos años y é interrumpida sólo por la revolución, que hizo sus los razonamientos disolutivos preconizados por el orgulloso pensador, cristalizándolos en sus máximas y decretos.